Memoriosos

Edgar Esquivel

Parto del cero, de lo obvio y evidente, al modo de Aristóteles. El bajar desde lo más alto ofrece el riesgo de deshacerse en el aire mucho antes de llegar al suelo.
Alfonso Reyes, *El Deslinde*

Si alguien no quiere descender hacia sí mismo, porque es demasiado doloroso, permanecerá superficial en sus escritos.
Wittgenstein

I

Convencido de la valía del desvelo y la fantasía que, al menos para mí, ofrecía estar atento a la respuesta que Hugo Hiriart propone al cuestionamiento de por qué Alfonso Reyes no es universalmente famoso, me atrevo a escribir algunas líneas a propósito de su más reciente libro, *El arte de perdurar*.

Sucede que antes de arribar a la consideración: "Alfonso Reyes tuvo maestría pero no representatividad" (expresión derivada de una fórmula para lograr la inmortalidad literaria: "maestría más representatividad igual a fama"), se nos presenta en este ensayo, ni por asomo bravato sino incitador, una serie de ideas y reflexiones que, con generosidad y no menos decisión y honestidad, el autor de *Cuadernos de Gofa* sustenta y se aproxima a "los mecanismos" de la perduración literaria, tomando como referencia los caminos que por cuenta notoriamente separada surcaron las correrías ensayísticas de Alfonso Reyes y el escritor argentino Jorge Luis Borges.

Absoluta claridad pervive en el doble propósito de este breve texto: "comprender y apreciar los ensayos alfonsinos a la luz de la inmortalidad literaria", pero además, ponderar, a partir de la inevitable excelsitud del maestro Reyes en ese tenor, "algunas hipótesis sobre la perduración literaria en general". Así, en el ejercicio de esta comparación prevalece también la insistencia en una mayor comprensión de la obra de dos autores insignes, pero incluso la respuesta a la pregunta "¿por qué Borges alcanzó una gloria literaria que le ha sido negada a Reyes?".

II

En el panorama que Hugo Hiriart describe a propósito del legado temático y la composición de los ensayos de quien fuera hijo del general Bernardo Reyes (¿un hijo de su tiempo?), queda cifrada una dispersión ("no hay ningún trabajo que recoja entero a Reyes, que sea una indiscutible obra maestra personal e intransferible"), que se antoja angustiante al momento de intentar palpar la herencia del entusiasmo que un talento de esta magnitud, el de Alfonso Reyes, cabalmente puede generar.

Dispersión equivalente, infiere Hiriart, a la corrupción del necesario límite precisado por los artistas en el momento de rondar la perfección, esa condición esculpida fundamentalmente por disciplinadas obsesiones, socavando así toda "representatividad histórica y personal", o lo que es lo mismo: la profanación de la contención llega a revertir la unicidad, aspecto clave en el proceso de perduración; a lo que se suma una situación cuasidramática: que fue precisamente el propio Reyes quien pareció hacer de su interioridad una consciente excepción, privilegiando todo lo que estaba del otro lado de la experiencia personalísima, única, irrepetible: las bajadas a los sótanos del alma y la conciencia se vertían en un tintero de agua, material con el que escribía para sí mismo sin papel ni testigos, quizás a modo de extirpar recuerdos o perpetuar la exclusiva y soterrada introspección.

Bajo la diseminación de lo pulcro, lo inteligible y lo ordenado, latentes quedan el cierre de caminos a la improvisación o la ausencia de arrojo. Ni sorpresa ni conmoción, sino el reino de una virtud que aprisiona. He aquí el surgimiento de un lance por demás inquietante que no va en forma alguna personalizado, esto es, a posteriori: "aconsejar, por ejemplo, 'hay que escribir mal', sería apresurado, pero, al parecer, no del todo desencaminado".

III

Razones y consecuencias hubo, quizás aún hay, de que Alfonso Reyes no construyera por separado una *magnum opus* que ostentara lo granado del inigualable e indiscutible talento que poseyó. Su poligrafía, equiparable al nivel que alcanzó Paul de Saint-Victor, alcanza lo "sobresaliente" pero abjura de lo insano. Alterna en elegancia, erudición y delicadeza extrema con los grandes polígrafos franceses del siglo XIX; con y a pesar de ellos habría que localizarle genéricamente: "El arte de Reyes es refinamiento esteticista sin temas decadentes". Lo necesitamos, qué duda cabe, pero ¿cómo, y a partir de qué o

dónde, le reubicamos y fijamos su justo y merecido sitio entre nosotros, nuestro tiempo? ¿A partir de qué circunstancia, idea o texto "aireamos" su espectro literario si tomamos en cuenta lo que el escritor Adolfo Castañón enuncia —en el comienzo del segundo tomo del *Diario* del escritor regiomontano— para describir la vida y obra de Alfonso Reyes?: "Parecería una hélice vertiginosa y vital… sin una cifra apropiada para describirla".

Adiós a la representatividad: a quién le habla hoy nuestro Alfonso Reyes cuando:

> En la prosa de don Alfonso florece el diplomático de carrera, el hombre de mundo con gran trato social, el que sabe siempre cómo decir las cosas sin estridencia, con armónica y aceitada suavidad.
>
> Pero, claro, ni en este hombre ni este estilo, caben el aventurero, ni el satírico feroz, ni el polemista que canta a las claras lo que no nos gusta oír.

¿O será que para nuestros días furiosos es precisamente esta cualidad lo que nos resulta imponderable? En una franca e intempestiva revisión generacional hay espacio suficiente para que tanto el cuidado extremo de formas y conductas, procreadoras de lo virtuoso y curioso convivan y le hablen, al tú por tú, al lamento y la sabrosa imperfección que yace en lo cotidiano y la pretenciosa intromisión que intelectualmente se puede hacer dentro de la vida pública. No sería descabellado que de ahí proceda la posibilidad de revertir (si es en verdad lo que ambicionamos respecto a la figura de don Alfonso) el aparentemente inevitable desprecio al *síndrome Sartre*: "abrazarse a su tiempo y morir con él".

¿Seremos capaces de hacer que una obra refleje a contracorriente, a modo de grito oportuno que exige un cambio y como una apuesta adelantada, el signo de otros tiempos, ésos que ansiamos sean el porvenir pacífico? ¿Y qué si no precisamos del "intelectual vociferante" sino del "modesto *hombre de letras*"? Después de todo, en la ruptura de la lógica y lo esperado radica la auténtica rebeldía. Difícilmente escucharemos la expresión que diga: *don Jorge Luis*; proeza sería el hecho de que *don Alfonso* pasara a ser simplemente y permanentemente *Reyes*. En todo caso, la revaloración, su relectura son asignaturas pendientes.

IV

> Lo veía, de la manera como lo recuerdo en la memoria más próxima que tengo de él… petiso, regordete, con esa sonrisa con que se ganaba a todas las personas. No hablaba, sólo hacía una especie de saludo con la mano como se hace cuando va uno a recibir a los que desembarcan en un muelle…

Según la madre de Borges, como lo muestra Miguel Capistrán en su libro *Borges y México*, lo anterior era una "señal inequívoca" para que el poeta porteño viajase al *Anáhuac de Reyes* cuando la ocasión del premio que llevaba su propio nombre. También era una despedida. Y aunque en la relación entre ellos se mantuvo una mutua admiración y respeto, no fue ello en medida alguna factor para que las diferencias de estilo se ahondaran, como ocurriría después con la respectiva fama: "Borges dominaba el arte de escandalizar. Reyes no, él fue siempre cuidadosísimo y razonable…".

Uno llama la atención entre más marcada sea la individualidad: campo de cultivo para la "rareza, el melodrama o el escándalo". La singularidad pues, como *summa* de lo representativo, lo identificable y lo individual, es la antesala de la perduración literaria, donde la renovación de lectores es la garantía perfecta de la inmortalidad, ese acto supremo de rebelión, tan humano y poco civilizado: "los libros no obedecen a azarosas combinaciones, sino al temperamento y forma de ser de su autor".

A veces en el retraimiento intencionado, en la displicencia hacia lo totalizante o la búsqueda arbitraria del detalle que aglutina el universo, se fundamenta una separación tan marcada como la que inquietó a Hiriart: "Borges no es, como Reyes, cortés y civilizado: Borges es arbitrario, iconoclasta e imperioso".

V

Es cierto que el misterio que existe en "lo que transcurre y lo que permanece" tiene rutas donde el entendimiento abre paso directo al encono o el prejuicio, la incomprensión o la más artera deshonestidad, pero el riesgo de atravesar esos "precipitaderos peligrosos" (atreverse a lidiar con verdades incómodas) puede ser paliado por la revelación o el descubrimiento de alguna verdad sobre lo que es esencial en el arte, en este caso, la literatura.

Si en el impulso de crear prevalece la necesidad o el deseo de perdurar, es claro que el reto a lo que representó nuestra expulsión del Paraíso quedó latente. Esa expulsión era inevitable, como imposible era abandonar el impulso de quebrantar todo orden y equilibrio.

En la vocación por provocar y sabotear lo aparente y lo real que tienen los que crean van la vanidad y el ruido (no murmullo) que exige el consuelo por la ausencia o la soledad. A veces pareciera que no hay compañía que valga y por esto no hay más remedio ni alternativa que seducir a las alegorías de la memoria o el deseo. En el ejercicio de evocar y yuxtaponer las trayectorias de Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, y contraponerlas a la luz de circunstancias específicas como el azar o la "singularización retórica", el autor de *Galaor* extiende ahora una invitación atípica y necesaria para acudir y reinventar a dos personajes que simbolizan dos tradiciones letradas al extremo: Hiriart desenfunda a modo, y sin que medie enfrente o a los costados un rival cómodo, una serie de reflexiones sobre lo que está detrás de la posteridad literaria: esa necesidad inherente a los escritores (de hecho a todos los creadores), aderezada con algo de fortuna y virtudes no exclusivamente literarias.

El arte de perdurar es un sucinto y edificante texto que destila, más que la letanía tradicional sobre el arte como rasgo característico de la inmortalidad, el contagio de una pasión donde sin contar el ir y venir de las ideas, está presente también esa ansiedad "cariñosa y crítica" por la aventura que realmente nos sobrevivirá y hará permanecer de una u otra manera: la lectura y el conocimiento. Entonces ambicionamos subirnos a ese barco donde navegan con rumbo fijo las constantes aquellas que nos empecinamos en nombrarles mitos, certezas de lo impuro, testimonio de una época que no alcanzamos a definir nunca mientras va, sino a todo pasado, siempre. U